

□ Para terminar, el mensaje enviado por André Gide, al Congreso: «En este camino de la historia que cada país, tarde o temprano, deberá tomar, la U. R. S. S. ha llevado gloriosamente la delantera. Ella nos muestra hoy el ejemplo de esta nueva sociedad que soñamos y que osamos esperar. En el dominio del espíritu, igualmente, importa que la U. R. S. S. se muestre ejemplar, debe probarnos que el ideal comunista no es ni mucho menos, como se complacen en afirmar sus enemigos, un ideal de «termitera». Su deber de hoy día es instaurar, en la literatura y en el arte, un *individualismo comunista* (me atrevo a reunir estas dos palabras que se tiene la costumbre de oponer, a mi juicio, equivocadamente). Sin duda, un período de afirmación intemperada era necesario, pero la U. R. S. S. ha pasado ya ese estudio y nada me persuade más de ello que los recientes artículos y discursos de Stalin. El comunismo no se sabrá imponer más que teniendo en cuenta las particularidades de cada individuo...»

(Sigue Gide citando unas palabras suyas, dichas en una conferencia de 1900: complemento de su tema. Al concluir con estas exposiciones, se antoja que la revolución comunista lleva derroteros bien distintos a los que tenía al comienzo. Consecuencias quizá de una época transitoria en su vida. Se antoja también, que el fenómeno comunista ruso, particularmente considerado, tiene una realidad considerable. Y se antoja, por último, para concluir con esta señal, que las enseñanzas de este Congreso son en su mayoría útiles, transplantadas, acomodándolas a las circunstancias de cada parte y que se encierra en ellas un síntoma de nuestros días muy digno de atención, sobre todo para los que quieren conservarse en el siglo XVIII y, asimismo, para los comunistoides criollos de tres al cuarto).

Sobre un atentado

□ Desde el escándalo Staviski, gran vocerío se eleva en Francia, muy motivado según parece, contra la organización policí-

ca del país. Bony, el célebre inspector que tanto sonó en lo relativo a los cheques de Alexandre, no ha sido una muestra aislada. Se precisa, según los mejores, una barrida en la Seguridad Nacional y en sus ramificaciones de vigilancia. Enmanuel Berl, que publica semanalmente en «Mariann» sabrosos artículos, vibrantes de actualidad, arremete ahora contra la policía con razones dignas de ser conocidas, en lo relacionado con el atentado de Marsella y la muerte de Alejandro de Yugoslavia y M. Barthou.

Interesantes observaciones, sobre todo si se relacionan con los recientes sucesos de la Sociedad de las Naciones y las reclamaciones hechas por Yugoslavia contra Hungría. Dice Berl, en su artículo contra la *Sureté*: «El atentado se esperaba. La policía estaba alertada de todas maneras. Por M. Schumann, que había prevenido al Gobierno, por el Ministro de Marina; por M. Meyer, director de la Policía Judicial, que había prevenido a la *Sureté Nationale*. Por la misma prensa; un diario de la tarde anunciaba que el atentado se cometía. Había llamado la atención a la policía yugoeslava»...

Y enumera las faltas que permitieron el atentado y sus consecuencias: Primera falta: El desembarco en Marsella. Bien se sabe que Marsella es una ciudad llena de una población inquietante y difícil, donde la vigilancia es trabajosa.

Segunda falta: El desembarco en el Puerto Viejo. Dejan al rey llegar a la vera de los barrios bajos y en uno de los sitios donde la crápula es mayor en todo el mundo.

Tercera falta: Se cede al rey un coche no blindado y provisto de marchapié. Sabemos bien que es necesario evitar los marchapiés. Fué sobre uno de éstos donde se apoyó el asesino del Presidente Carnot.

Cuarta falta: Alrededor del auto no hay motociclistas. No hay tampoco gente a caballo. Antes ponían una docena a la derecha, otra docena a la izquierda de los coches reales. En

Marsella, un coronel, completamente solo, cuyo caballo, naturalmente, se encabrita cuando el asesino se lanza.

Quinta falta: El número de guardias móviles es irrisorio. El Ministerio afirma haber enviado 48 para guardar al rey de Yugoslavia. Podríamos afirmar que había unos 600, en Metz, para guardar la persona de M. Cheron.

Sexta falta: Cuando generalmente los coches reales circulan a veinte por hora, cuando generalmente se sobrepasa esta velocidad, el auto del rey de Yugoslavia marcha a ocho por hora. Doce kilómetros de prima al asesino.

Séptima falta: La muchedumbre no estaba contenida por un cordón rectilíneo. Cada diez metros solamente, un policía.

Las faltas enumeradas por Berl, además de mostrar una gran zagacidad periodística, son una información fuerte contra la organización que denunciaba. Y como documento, un detalle que completa nuestros conocimientos sobre el atentado.

Cinema

□ El film americano sigue siendo, con sus raras excepciones de valor, un conjunto de hechos iguales, de temas parecidos, narrados y dialogados con la nariz. El film francés, que no tiene término medio, porque o es lo peor del mundo («Tendresse») o lo mejor, no llega a estas zonas sino cada dos años. El film alemán, que cuando no está cargado de técnica suele ser sencillamente magistral (Señoritas en uniforme), viene a esta tierra con más frecuencia que el francés, pero no con toda la que sería de desear... ¿Por qué no se importa el cine europeo con la misma asiduidad que el norteamericano?... Desde hace un año a ésta parte, se han hecho en Francia películas dignas de ser traídas. «Tartarin» arreglado al cine por Marcel Pagnol. «El último millonario», por René Clair; Otro, de Marcel Pagnol, sacado de la novela de Giono, «Un de Baumugnes». Un film alemán, «Al fondo del mundo»... Este puede llegar fácilmente con su título,